



DENNIS
LEHANE

VIVIR DE NOCHE

Boston, 1926. Joe Coughlin, hijo de un eminente capitán de la policía de la ciudad, no está siguiendo precisamente los pasos de su padre. Empezó con pequeños hurtos, pero ya ha dado el salto a crímenes de más envergadura. Su ascendente carrera en el mundo de los *gangsters* en plena Prohibición lo llevará del Boston de la Edad del Jazz al barrio latino de Tampa y las calles de Cuba. Y en su camino se cruzará una mujer, Emma Gould, que cambiará para siempre su vida. ¿Puede un hombre ser al mismo tiempo un buen criminal y una buena persona? Dennis Lehane, uno de los autores verdaderamente importantes del género en activo, ha escrito una novela arrolladora sobre el amor y la venganza, sobre la traición y la redención.

POR ANGIE
CONDUCIRÍA TODA LA NOCHE...

Los hombres de Dios y los hombres de la guerra
tienen extrañas afinidades.

CORMAC MCCARTHY, *Meridiano de san-
gre*

Es demasiado tarde para ser bueno.

LUCKY LUCIANO

PRIMERA PARTE

BOSTON

1926-1929

1

UN TIPO DE LAS DOCE EN PUNTO EN
UNA CIUDAD DE LAS NUEVE EN PUN-
TO

Unos años después, en un remolcador en el golfo de México, Joe Coughlin tenía los pies metidos en un cubo de cemento. Doce pistoleros esperaban a internarse suficientemente en el mar para arrojarlo por la borda, mientras él escuchaba el ruido del motor y observaba la espuma blanca del agua en la quilla. Y entonces le vino a la cabeza que casi todo lo destacable que le había ocurrido en la vida —ya fuese bueno o malo— se había puesto en marcha aquella mañana en la que se cruzó por primera vez con Emma Gould.

Se conocieron un día de 1926, poco después del amanecer, cuando Joe y los hermanos Bartolo asaltaron la sala de juegos que había en la trastienda de un garito ilegal de Albert White, en South Boston. Antes de entrar, ni Joe ni los Bartolo sabían que ese antro pertenecía a Albert White. De haberlo sabido, cada uno de ellos habría salido pitando por su cuenta para dejar las menos pistas posibles.

Bajaron las escaleras de atrás con bastante suavidad. Atravesaron la vacía zona del bar sin incidente alguno. El bar y el casino ocupaban la parte trasera de un almacén de muebles situado en los muelles que el jefe de Joe, Tim Hi-

key, le había asegurado que pertenecía a unos griegos inofensivos recién llegados de Maryland. Pero cuando entraron en la trastienda, se encontraron con una partida de *poker* en su momento más álgido, con cinco jugadores bebiendo whisky canadiense en sólidos vasos de cristal y con una nube de humo gris presidiendo la sala. Del centro de la mesa se elevaba una pila de dinero.

Ninguno de esos hombres tenía pinta de griego. Habían colgado la chaqueta del traje en el respaldo de la silla, dejando así a la vista las pistolas que llevaban al cinto. Cuando Joe, Dion y Paolo aparecieron con sus armas en la mano, ni uno solo de esos hombres intentó sacar la suya, pero Joe captó que dos de ellos habían estado a punto de hacerlo.

Una mujer les acababa de servir unas copas. Dejó la bandeja a un lado, recogió su cigarrillo del cenicero, le dio una calada y pareció a punto de echarse a bostezar mientras la apuntaban tres pistolas. Como si esperara un número algo más impresionante.

Joe y los Bartolo llevaban el sombrero inclinado sobre los ojos y la mitad inferior del rostro cubierta por sendos pañuelos negros. Una buena idea, pues si alguno de esos los reconocía, poco tardarían en diñarla.

Un paseo militar, había dicho Tim Hickey. Hay que atacarles al alba, cuando en el sitio no quede más que un par de chupatintas en el cuartucho de contar el dinero.

Pero había cinco matones armados jugando al *poker*.

—¿Sabéis de quién es este sitio? —dijo uno de los jugadores.

Joe no lo reconoció, pero sí al tipo de al lado: Brenny Loomis, exboxeador y miembro de la banda de Albert White, máximo rival de Tim Hickey en el negocio del contrabando de licores. Se rumoreaba que, de un tiempo a esta parte, Albert se estaba aprovisionando de metralletas Thompson en vistas a una guerra inminente. Ya había corrido la voz: elige un bando o elige una lápida.

—Si todo el mundo hace lo que le dicen, nadie saldrá malparado —dijo Joe.

El tipo que estaba al lado de Loomis volvió a abrir la boca:

—Lo que te he preguntado, pedazo de capullo, era si sabías de quién es esto.

Dion Bartolo le dio en toda la boca con la pistola. Le atizó con tanta energía que lo tiró de la silla y lo hizo sangrar. Todos los demás pusieron cara de pensar que menos mal que el sopapo le había caído a otro.

—Todos, menos la chica, de rodillas. Poneos las manos en el cogote, entrelazadas —dijo Joe.

Brenny Loomis miró fijamente a Joe.

—Cuando todo esto acabe, llamaré a tu madre, chaval. Le diré que te busque un bonito traje negro con el que meterte en el ataúd.

Loomis, que había boxeado en el Mechanics Hall y había sido el *sparring* de Mean Mo Mullins, era famoso por la potencia de su pegada. Ahora mataba gente para Albert White. No se ganaba la vida solo con eso, pero corría el rumor de que hacía méritos ante Albert por si surgía un puesto de trabajo a jornada completa, momento en el que haría valer su experiencia.

Joe nunca había pasado tanto miedo como cuando miró en el interior de los ojillos castaños de Loomis, pero señaló con la pistola hacia el suelo de todos modos, bastante sorprendido ante el hecho de que no le temblase la mano. Brendan Loomis entrelazó las manos detrás de la nunca y se puso de rodillas. A continuación, los demás siguieron su ejemplo.

—Ven para aquí, guapa, que no vamos a hacerte daño —le dijo Joe a la chica.

Ella apagó el cigarrillo y se lo quedó mirando como si dudara entre encender otro o servirse una copa más. Fue hacia él y Joe vio que era prácticamente de su edad, en

torno a los veinte, con ojos invernales y una piel tan blanca que casi se le transparentaban la sangre y los tejidos.

La vio venir mientras los hermanos Bartolo se hacían con las armas de los de la timba. Las pistolas hicieron un buen ruido al ser lanzadas sobre una mesa de *blackjack* aledaña, pero la chica ni parpadeó. Un fuego bailaba en el fondo de sus ojos grises.

Se plantó ante la pistola de Joe y dijo:

—¿Y qué querrá tomar el señor esta mañana con su atraco?

Joe le pasó uno de los dos sacos de lona que había traído.

—El dinero que hay en la mesa, por favor.

—Voy volando, señor.

Mientras ella volvía hacia la mesa, Joe sacó unas esposas del otro saco, justo antes de lanzárselo a Paolo. Este se inclinó junto al primer jugador, le ató las manos a la espalda y luego pasó al siguiente.

La chica recogió el dinero que había en medio de la mesa —Joe observó que no solo había billetes, sino también relojes y joyas— y luego se hizo con la pasta de cada jugador. Paolo acabó de esposar a los hombres en el suelo y luego se dedicó a amordazarlos.

Joe abarcó el cuarto con la vista: tenía la ruleta a su espalda y la mesa de dados bajo las escaleras, contra la pared. Contó tres mesas de *blackjack* y una de bacarrá. En la pared del fondo había seis máquinas tragaperras. El servicio de comunicaciones consistía en una mesita baja con una docena de teléfonos y, detrás de ellos, un tablón con los nombres de los caballos de la carrera número doce de anoche en Readville. En la única otra puerta, aparte de aquella por la que habían entrado, lucía una letra R, de *re-trete*, trazada con tiza, lo cual tenía toda su lógica, ya que a la gente le da por mear cuando bebe.

Pero también era cierto que, al atravesar el bar, Joe había visto dos cuartos de baño que ya cubrían esa necesi-

dad. Y el retrete en cuestión estaba cerrado a cal y canto.

Le echó un vistazo a Brenny Loomis, que estaba tirado en el suelo con la mordaza en la boca, pero al quite de lo que pudiera pasar por la cabeza de Joe. Este observó que en la de Loomis también se desarrollaba cierta actividad. Y confirmó lo que había intuido nada más ver el candado: no se trataba de un baño.

Era la sala de contabilidad.

La sala de contabilidad de Albert White.

Basándose en los beneficios generados por los casinos de Hickey durante los últimos dos días —el primer fin de semana frío de octubre—, Joe intuía que detrás de esa puerta podía haber una pequeña fortuna.

Perteneciente a Albert White.

La chica volvió con la bolsa cargada.

—El postre del señor —dijo mientras se la entregaba a Joe.

Joe no podía escapar a la profundidad de su mirada. No es que lo mirara fijamente, sino que lo atravesaba con la vista. Joe estaba convencido de que podía verle el rostro bajo el pañuelo y el sombrero inclinado. Cualquiera día se cruzaría con ella camino del estanco y la oiría gritar: «¡Es él!». Y lo coserían a balazos antes de que pudiera parpadear.

Extrajo del saco un par de esposas que le quedaron colgando de un dedo.

—Date la vuelta.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

Le dio la espalda y cruzó los brazos por detrás, con los nudillos contra la rabadilla y la punta de los dedos rozándole el culo. Joe era plenamente consciente de que no era el momento más adecuado para concentrarse en el culo de nadie.

Cerró la primera argolla en torno a la muñeca.

—Lo haré con suavidad.

—Tampoco hace falta que te esmeres tanto por mí —dijo ella, mirándolo por encima del hombro—. Tú solo intenta no dejar marcas.

Ay, Señor.

—¿Cómo te llamas?

—Emma Gould —dijo ella—. ¿Y tú?

—Se Busca.

—¿Y quién te busca? ¿Todas las chicas o solo la ley?

Joe no podía estar por la chica y controlar el cuarto al mismo tiempo, así que le dio la vuelta y se sacó la mordaza del bolsillo. Las mordazas consistían en unos calcetines que Paolo Bartolo había robado de los almacenes Woolworth en los que trabajaba.

—Veo que me vas a meter un calcetín en la boca.

—Pues sí.

—Un calcetín. En la boca.

—Nunca ha sido utilizado —le dijo Joe—. Te lo prometo.

Ella arqueó una ceja. Era del mismo color de metal bruñido que su cabello y tan suave y brillante como un armiño.

—Yo nunca te mentiría —le dijo Joe, y en ese momento se sintió como si realmente le estuviera diciendo la verdad.

—Es lo que suelen decir los embusteros.

Emma abrió la boca como una niña resignada a tomarse su medicina, y Joe pensó en decirle algo más, pero no se le ocurrió nada. Pensó en preguntarle algo, tan solo para oír su voz una vez más.

Los ojos se le pusieron un poco saltones cuando Joe le metió el calcetín en la boca, y trató de escupirlo —todo el mundo lo hacía—, negando con la cabeza mientras veía lo larga que era la cinta que él sostenía en la mano, pero no había nada que hacer. Joe le cubrió la boca con la mano y le clavó los extremos de la cinta en las mejillas. Ella le observó como si, hasta ahora, toda su relación hubiese sido de lo más honorable —divertida, incluso— y él la acabara de arruinar.

—Es medio de seda —dijo Joe.

Nuevo arqueado de cejas.

—El calcetín —le explicó—. Y ahora ve con tus amigos.

La chica se arrodilló junto a Brendan Loomis, que no le había quitado el ojo de encima a Joe en ningún momento.

Joe contempló la puerta de entrada a la sala de contabilidad, fijándose bien en el candado. Dejó que Loomis siguiera su mirada y luego él lo miró a los ojos. Loomis adoptó una mirada inexpresiva mientras esperaba a ver qué pasaba ahora.

Sin dejar de observarlo, Joe dijo:

—Vámonos, chicos. Ya estamos.

Loomis parpadeó una vez, muy lentamente, y Joe decidió interpretar ese gesto como una oferta de paz —o la posibilidad de tal oferta— y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Tras subir al coche, recorrieron los muelles. El cielo estaba azul oscuro, con algunas vetas de un amarillo intenso. Las gaviotas se alzaban y caían, gañendo. La cubeta de una grúa de barco sobrevoló el camino del muelle para regresar a su origen con un chirrido mientras Paolo conducía a su sombra. Estibadores, obreros portuarios y sindicalistas se tomaban un respiro, fumando a la intemperie. Algunos les arrojaban piedras a las gaviotas.

Joe bajó la ventanilla para que el aire le diera en la cara, contra los ojos. Olía a sal, a sangre de pescado y a gasolina.

Dion Bartolo le echó un vistazo desde el asiento delantero.

—¿Le has preguntado el nombre a esa tía?

—Solo para hablar de algo —repuso Joe.

—¿Y la esposas como el que le pone un broche y la invita a bailar?

Joe sacó la cabeza por la ventanilla unos segundos y aspiró el aire sucio con todas sus fuerzas. Paolo salió de los muelles y enfiló hacia Broadway: el Nash Roadster alcanzaba fácilmente los sesenta kilómetros por hora.

—Ya la había visto antes —dijo Paolo.

Joe volvió a meter la cabeza en el coche.

—¿Dónde?

—No lo sé. Pero la he visto. —Giró el Roadster hacia Broadway y todos se deslizaron con él—. Igual deberías escribirle una poesía.

—Escribirle una puta poesía —dijo Joe—. ¿Por qué no vas más lento y dejas de conducir como si viniéramos de dar un palo?

Dion se volvió hacia Joe, colocando el brazo en el respaldo.

—Pues mi hermano sí que le escribió un poema a una chica una vez.

—¿De verdad?

Paolo lo miró por el retrovisor y asintió de manera solemne.

—¿Y qué pasó?

—Nada —apostilló Dion—. La chica no sabía leer.

Se fueron hacia el sur, hacia Dorchester, y se quedaron atascados en el tráfico por culpa de un caballo que la había diñado justo antes de la plaza Andrew. El tráfico debía ser desviado en torno al bicho y su carrito de hielo volcado. Astillas de hielo brillaban entre los adoquines como si fuesen de metal, y el tío del hielo seguía de pie junto al cadáver, arreándole patadas en las costillas. Joe no paraba de pensar en ella. En sus manos secas y suaves. Muy pequeñas y rosadas en la base de la palma. Las venas de la muñeca eran de color violeta. Tenía una peca negra detrás de la oreja derecha, pero no detrás de la izquierda.

Los hermanos Bartolo vivían en la avenida Dorchester, encima de un carnicero y un zapatero remendón. El carnicero y el zapatero se habían casado con sendas hermanas y

se odiaban mutuamente, casi tanto como a sus respectivas esposas. Pero eso no les impedía regentar un abrevadero clandestino en el sótano que compartían. De noche aparecían feligreses de las otras dieciséis parroquias de Dorchester, así como de parroquias tan alejadas como las de North Shore, para trasegar el mejor licor del sur de Montreal y escuchar a Delilah Deluth, una negra que cantaba desgracias amorosas en un sitio cuyo nombre no oficial era El Cordón del Zapato, lo que sacaba de quicio al carnicero de tal manera que hasta se había quedado calvo. Los hermanos Bartolo acudían al local casi cada noche y eso a Joe ya le parecía bien, pero lo que se le antojaba de lo más idiota era vivir justo encima de ese lugar. Bastaría una sola redada a cargo de polis honrados, por difíciles que fuesen de encontrar, para que echaran abajo la puerta de Dion y Paolo y se toparan con un alijo de dinero, armas y joyas que esos dos pringados, con sus respectivos trabajos en unos grandes almacenes y en un colmado, nunca podrían justificar.

Vale, las joyas solían acabar en manos de Hymie Drago, el perista al que llevaban recurriendo desde que tenían quince años, pero el dinero casi nunca llegaba más allá de alguna mesa de juego en la parte trasera de El Cordón del Zapato, si es que se decidían a sacarlo del colchón.

Joe se apoyó contra la hielera y vio como Paolo metía ahí su parte y la de su hermano, despegando una placa amarillenta de sudor para dejar al descubierto una serie de rajadas que habían hecho a un lado. Dion le pasaba los fajos de billetes a Paolo y este los apretujaba ahí dentro como si estuviera cebando a un pavo.

Paolo, de veintitrés años, era el mayor de los dos hermanos. Dion, que tenía dos años menos, parecía más viejo, curiosamente, puede que porque era más listo o más malo. Joe, que cumpliría los veinte el mes que viene, era el más joven de la pandilla, pero había sido reconocido como el cerebro de la organización a los trece años, desde el momento en que los tres unieron fuerzas para asaltar quioscos.

Paolo se levantó del suelo.

—Ya sé dónde la he visto.

Se sacudió el polvo de los pantalones.

Joe se apartó de la hielera.

—¿Dónde?

—Pero este tipo no se ha portado bien con ella —apuntó Dion.

—¿Dónde? —repitió Joe.

Paolo señaló al suelo.

—Abajo.

—¿En El Cordón del Zapato?

Paolo asintió.

—Viene con Albert.

—¿Qué Albert?

—Albert, el rey de Montenegro, no te jode —dijo Dion—. ¿De qué Albert crees que estoy hablando?

Lamentablemente, solo había un Albert en Boston del que no hacía falta dar su apellido. Albert White, el tío al que acababan de atracar.

Albert había sido un héroe de las Guerras Filipinas, además de policía que había perdido su empleo, al igual que el hermano de Joe, tras la huelga de 1919. Actualmente era propietario de Garaje y Reparación de Parabrisas White (antes Vehículos y Neumáticos Halloran) y de Envíos Transcontinentales White (antes Transportes Halloran). Se rumoreaba que se había cepillado en persona a Bitsy Halloran. A Bitsy le dispararon once veces en la cabina telefónica de un Rexall Drugstore de la plaza Eggleston. Con tanto tiro a quemarropa, la cabina se incendió. Y también se rumoreaba que Albert había comprado los restos calcinados de la cabina, la había restaurado y la conservaba en el estudio de la casa que poseía en Ashmont Hill; de hecho, la utilizaba para realizar todas sus llamadas.

—O sea, que es la chica de Albert.

A Joe le decepcionaba que solo fuese una querida más de un gánster. Ya se había imaginado junto a ella, atrave-